



Amores tóxicos: La anesthesióloga

Juan Martín Paris



Se despidió diciendo – Que tengas un mal día – y después de una pausa agregó, para que no quedara dudas– ¡Te deseo lo peor!

Claramente estaba muy enojada. No intenté una disculpa ni amagué a seguirla. Me quedé ahí, quietito, mirándola, medio dormido yo. No se puede hacer feliz a todo el mundo. Ya es bastante con tratar de ser feliz uno mismo.

Permítanme presentarme, mi nombre es Alejandro y soy abogado. Conocí a Laura hace un año atrás en circunstancias poco propicias; yo acostado en una camilla de hospital y ella operando mi apéndice. La primera impresión que tuve de ella fue borrosa, tal vez por efecto de la anestesia, pero aun en esa borrosidad había hermosura. Su voz también era hermosa, tal vez un poco ronca a veces, a causa del cigarrillo, pero hermosa al fin.

Me colocó una mascarilla y dijo – Respire profundo y lentamente va a sentir que se duerme -.

Y así fue. Así pasó. Cuánta sabiduría en esas palabras. Cuánta premonición...

Cuando me dieron de alta, Laura se instaló en mi departamento. Alguna vez leí que no hay que apresurarse a juzgar los hechos de la vida, ya que algo malo puede devenir en algo bueno. ¿Quién hubiera dicho que un ataque de apendicitis aguda cambiaría mi vida?

De esa manera comenzó nuestro romance y así transcurrió mi último año, embelesado, como en un sueño, como anestesiado. A esta altura del relato no es necesario mencionar que Laura era anesthesióloga, y de las buenas, apasionada por su trabajo. Su verdadera pasión era investigar sobre nuevas drogas medicinales que iban apareciendo en el mercado.

Dicen que en la vida es necesario tener salud, amor y dinero. Esto último no me faltaba, ya que soy un abogado exitoso, y con Laura tenía amor y salud, al mismo tiempo, dado a sus habilidades en medicina, lo cual resultaba altamente conveniente.

Un cinco de febrero, por la mañana, la descubrí por accidente disolviendo un polvo blanco en mi café. Le pregunté de qué se trataba y me explicó que estaba testeando el efecto de nuevas drogas anestésicas que habían llegado al país, para ver qué tal funcionaban. ¡Tan obsesiva era con su profesión que se traía trabajo al hogar! Me acusó de no querer colaborar con sus investigaciones. Cómo podía yo siquiera imaginar que me iba a dar algo que me hiciera daño, con lo mucho que me amaba. Confieso que sentí un gran remordimiento, una gran culpa. Me sentí una porquería. Le pedí perdón con sincero arrepentimiento. Cuando comenzó con la escena del llanto tomé la taza con decisión y me bebí todo el café de un trago. Dormí toda la tarde.

No crean que todo era color de rosas. Por ejemplo, una vez, cuando elogió la prolijidad de mis manos y la belleza de mis cutículas, le confesé que se debía a que mi pareja anterior había sido manicura. Inmediatamente se desató una tormenta de celos, gritos, reproches. Volaron ceniceros, ollas y libros. Era una situación nueva y yo no sabía cómo manejarla. La calmé con clonazepam de 2 mg. Aclaro que, a esta altura de nuestra relación, yo ya poseía ciertos conocimientos, rudimentarios, sobre medicamentos y del vademécum.

Pero yo había aprendido la lección y cuando hizo mención a mi buen estado físico, a mi facilidad para hablar con lenguaje de señas y a mi habilidad en la repostería con chocolate, tuve la precaución de no contarle nada de mis anteriores parejas. - Ha de ser genético – le respondí despreocupadamente justificándome.

Ese fue el momento triste en que tome conciencia que, si debía ocultarle eventos de mi vida, no era el verdadero amor. A partir de allí todo fue cuesta abajo.

Una mañana fatídica ocurrió lo peor. Yo debía asistir a un juicio y Laura estaba de franco, razón por lo cual se empeñó en acompañarme. El caso era simple, se acusaba a mi defendido de estafar al estado, pero no había pruebas suficientes para condenarlo. En definitiva, sería algo sencillo, casi como hacer un

trámite. Laura se había levantado temprano para hornear unas rosquillas, que aseguró que le iban a gustar mucho al juez y a todos en la sala. Le expliqué pacientemente que no se acostumbraba hacer esas cosas. No hubo caso.

La mañana había sido larga debido a que todo se había atrasado y ya era casi el mediodía cuando comenzamos. Todos estaban hambrientos, por lo que el juez, mi defendido, e incluso yo, aceptamos con gusto las rosquillas. ¡Estaban deliciosas!

- Ya puesto en conocimiento de las consecuencias y penas por falso testimonio, ¿Jura decir toda la verdad? – preguntó el juez a mi defendido, a quien referiremos como el acusado.
- Noooo, ni ahí... – interrumpió el acusado muy alegremente.
- Tiene que decir que “sí” – corrigió el juez en voz baja, como en secreto.
- Bueno, sí, dale nomás.

Ante mi mirada perpleja Laura se sintió en la obligación de aclarar que el azúcar impalpable que cubría las rosquillas no era azúcar. Era en realidad una nueva formulación de la “droga de la verdad” que había recibido la semana pasada. Agregó que tuvo la ocurrencia de probarla en un juicio. No podía ocasionar nada malo, ¿verdad?

Yo sentía algo de mareo y el juez y el acusado lucían como embriagados.

- Se lo acusa de estafa contra el estado, por la venta de arroz destinado a ollas populares, cobrando el mismo más de cuatro veces el valor del mercado. Adicionalmente, el arroz tenía gorgojos. ¿Cómo se declara?
- Es arroz para pobres, señor juez, están acostumbrados a comer gorgojos.
- En eso le doy toda la razón – dijo el juez –. Y del temita de la sobrefacturación, ¿Tiene algún comentario que quisiera compartir con el grupo?
- Amigo, de ahí comemos todos, no solo se comen el arroz los morochitos. Ahí muerdo yo, funcionarios, algunos políticos y también muerde usted...

- Puede decir lo que quiera, no me importa, casi no lo estoy escuchando. Con mi parte yo ya estoy hecho – dijo el juez.
- ¿Todo bien con sus dólares? – indagó el acusado.
- Excelente. Su abogado acercó la valija a mi despacho ayer por la noche – dijo el juez.
- ¿Los contó, doctor? ¿Todo en orden? – pregunté. ¡No puedo creer que estuviera diciendo eso!
- Impecable como siempre Alejandro – replicó el Juez.

La conversación era muy interesante, pero se vio interrumpida por un grupo de policías que habiendo ingresado al recinto procedían a esposarnos, a mí, al acusado y al señor juez. Cuando me estaban llevando detenido, Laura se interpuso en mi camino. Con los ojos llenos de lágrimas me dijo que la había decepcionado, que yo no era el hombre que ella pensaba, que sentía mucha rabia y que lo nuestro se terminaba en ese momento.

—¡Te deseo lo peor! – fueron sus últimas palabras. A pesar de que me estaban arrestando, en ese momento me sentí liberado.

Para evitar la prisión fue necesario invertir en honorarios a funcionarios todo el dinero que habíamos ganado con la venta del arroz. Aún hoy, no puedo creer que hubiéramos trabajado tanto y tan duro por nada. Este país no tiene arreglo, no señor.

En otro orden de cosas, dicen “desafortunado en los negocios, afortunado en el amor”, y nunca más cierto el dicho. Estoy en la lona, pero feliz. Estoy feliz de haber cortado con Laura. Mi vida cambió. Estoy comenzando una nueva relación. Me siento realmente muy esperanzado, muy contento. Parece una chica buena y es muy bonita. Dice ser funambulista. No sé lo que eso signifique, pero no parece ser nada peligroso.

